



Edición a cargo de Héctor M. Guyot
www.lanacion.com.ar/ideas
@IdeasLN | /LNIdeas

EL MUNDO

La política exterior "soberanista" de Trump tiene su origen en 1919

Al presidente de EE.UU. se lo califica de aislacionista, pero ese es un error

Por Jennifer Mittelstadt

Página 4

ENSAYO



Pureza y peligro. El fanatismo puede llevar cualquier color

El impulso purista de las corrientes identitarias conspira contra la democracia

Por Diana Sperling

Página 6

CRÓNICA

Del blues al rock

Un viaje al corazón de la música estadounidense

Un rescate de las raíces y los nombres que fraguaron el género "americana"

Por Juan Yofre

Página 8

LECTURAS

Eremitas.

Las vidas de aquellos que desertan del mundo

Se reedita *Los hombres ebrios de Dios*, del escritor francés Jacques Lacarrière

Por Nicolás Maurakis

Página 10

PERSPECTIVAS

Los ochenta años de Yalta y el peronismo

Mucho de lo que nació en el año clave de 1945 hoy se encuentra en revisión

Por Pablo Mendelovich

Página 12



GENTILEZA

ENTREVISTA — POR Laura Ventura

Emilio del Río

«Más que en los objetivos, la felicidad está en disfrutar del viaje de la vida»

El filólogo español afirma que, pese al odio que campea en el mundo, la cooperación y la colaboración prevalecen, y sostienen a las democracias

E

MADRID es una mañana fría de invierno. Antes de ingresar en su oficina en el complejo Conde Duque, espacio que cuenta con una biblioteca, un auditorio, un teatro, una sala de conferencias y una sala de exposiciones, propone tomar un café fuera, como para empezar el día. Hace pocas horas, de madrugada, regresó de un viaje donde debía brindar una conferencia. Emilio del Río (Logroño, 1963)

es emblema de la divulgación del mundo clásico. Profesor titular de Filología Latina en la Universidad Complutense de Madrid, se define a sí mismo como "un activista por las humanidades clásicas". Es además director general de la Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Museos del Ayuntamiento de Madrid. "Esto me une a Borges; yo, parafraseándolo, tengo fervor por Buenos Aires", bromea.

En su oficina, con vistas al Palacio de Liria, hay un pequeño living y los libros se apilan hasta en el sillón. Es necesario apartar estos volúmenes

de distintos autores, colores y tamaños para poder sentarse. En su oratoria hay dinamismo, sabiduría, humor y silencios para la reflexión. Pero, sobre todo, respeto por la sabiduría clásica, reconocimiento de la cultura popular y una ausencia total de esnobismo y frases crípticas.

"La buena literatura es el refugio contra la barbarie que nos está atacando", dirá durante la conversación, donde hablará de la cultura woke, del resentimiento que destilan ciertos líderes y de las amenazas que hoy sufre la democracia.

Continúa en la página 2

ENTREVISTA — POR *Laura Ventura*

NOT FOR SALE

lanacion#cvain38616

PERSONAL
COPY**¿Por qué lo entrevistamos?**

Porque es un pensador que rescata la sabiduría clásica para ponerla al servicio de los problemas actuales.

NOT FO

lanacion#

PERS
CC

Emilio del Río *

«Más que en los objetivos, la felicidad está en disfrutar del viaje de la vida»

Gran referente de la divulgación del mundo clásico, el filólogo español afirma que, pese al odio que campea en el mundo, la cooperación y la colaboración prevalecen, y sostienen a las frágiles democracias

FOTO: GENTILEZA



FIN DE PAÍS



Emilio del Río dirigió la prestigiosa colección Quintiliano de Retórica y Comunicación y publicó, entre otros ensayos, *Séneca en El Escorial* (2018), *Latin Lovers* (2019), *Calamares a la romana. Somos romanos aunque no nos demos cuenta* (2021), y los best sellers *Locos por los clásicos* (2022), que surge a partir del popular podcast de Radio Nacional Española por el que obtuvo el Premio Ondas, y *Pequeña historia de la mitología clásica* (2023). Entre otros premios, fue condecorado con la Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. Acaba de publicar *Carpe diem. Autoayúdate con los clásicos*, una sátira de los falsos gurús de la autoayuda y una propuesta para leer a grandes pensadores de la Antigüedad.

“Se conoció el informe de hábitos de lectura en España y los jóvenes leen más, se compran más libros en papel —dice Del Río, días antes de presentarse en el Hay Forum Sevilla, el prestigioso festival que dirige la argentina Sheila Cremaschi—. La buena literatura es un refugio contra la barbarie que nos está atacando. La lectura es un instrumento de libertad, un elemento de igualdad social. Yo soy hijo de un pastor, mis padres eran de un pueblito de Soria. Si no hubiese sido por la lectura, no podría haberme convertido en profesor. Lo primero que hace cualquier régimen antidemocrático es limitar el acceso a la cultura”.

—La autoayuda, con sus manuales y voces, sostiene usted, tiene muchos siglos de vida. Sin embargo, estos libros en ocasiones carecen de rigor. ¿Cuál es la propuesta de sus libros?

—Yo no desprecio a la autoayuda, solo que reivindico a la buena. Marian Rojas Estapé [psiquiatra española] escribe autoayuda muy buena, a nivel Marco Aurelio. Pero incluso la buena literatura que no es de autoayuda nos sirve y ayuda. Porque hace que imaginemos cosas, nos abre nuevos mundos. Y sin imaginación no hay innovación. Como decía Einstein: “La imaginación es más importante que el conocimiento”. Sin la imaginación estaríamos en la caverna de Platón pintando bisontes. Si uno se rompe un hueso, no va a un curandero. Cuando tienes un problema serio, vas a un psicólogo o a un psiquiatra. Creo que los clásicos te ayudan para la vida y para ser feliz: Séneca, Marco Aurelio, Cicerón y Epicuro te dan soluciones para la vida. Séneca escribe auténtica autoayuda. Los clásicos nos ofrecen respuestas profundas, atemporales, que han resistido la prueba del tiempo.

—¿Por qué centra su libro en la frase *carpe diem* [Aprovecha el día]? ¿Cómo la adaptamos al siglo XXI?

—*Carpe diem* proviene de Horacio, que es epicureísta. En *La vida de Brian*, la película de Monty Python, cuando los personajes crucificados saben que van a morir, no se lamentan. Cantan y silban. Buscan el lado positivo de la vida. Nos vamos a morir todos, aquí no va a quedar nadie. Eso es *carpe diem*. Los clásicos hablan de aceptar el cambio, como la canción de Mercedes Sosa, que cito en mi libro. Y cito a otro argentino, Marcos Mundstock, quien en 2019, en el Congreso Internacional de la Lengua Española, hizo una parodia sobre los libros de autoayuda. La meditación, por ejemplo, muy importante, no viene del budismo. Está en los clásicos, en la búsqueda de la serenidad, cómo evitar los ataques de ira...

—Ya que lo menciona, ¿cómo podemos evitar los ataques de ira?

—Ese es precisamente el capítulo más largo de mi libro. Ahí está, por ejemplo, lo que ocurre

cuando la gente se vuelve loca en el coche. Ira es lo que toma a Edipo, quien mata a su padre. Séneca tiene un tratado sobre la ira: “Cuando la ira se apodera de la mente, se apodera de ella por completo, haciendo imposible cualquier pensamiento o planificación”, dice. Solía pensar como dice el lema de Escocia: “*Nemo me impune lacessit* [Nadie me hiera impunemente]”. Pero me he dado cuenta de que es agotador y te impide ser feliz. ¿Cómo se entrena uno? Asumiendo que las cosas pueden cambiar, con meditación, con tranquilidad del ánimo, sabiendo que es mejor ser amado que temido. Séneca dice que hay que educar para evitar la ira, porque tenemos el mismo temperamento, pero unos están más predispuestos que otros a sufrir ataques de ira. Séneca también dice que se encolerizará más fácilmente aquel al que nunca se le ha negado nada. En otras palabras, la educación es decir que no.

—Pero la ira puede ser también la reacción ante la maldad, ante la traición, ante el absurdo que daña. Una respuesta a la agresión.

—La maldad existe. No estamos en el mundo ideal, hay gente mala a nuestro alrededor, como un Putin o aquel que viola. Pero por encima de todo triunfa la bondad. La bondad tiene premio. Creo firmemente en ella. Al final gana la colaboración y la cooperación. De lo contrario habrían triunfado los nazis y habría triunfado el gulag. La bondad no es poner la otra mejilla. Borges, en el prólogo *Los conjurados*, su último libro de poemas, escribe: “He observado que la belleza como la felicidad es frecuente, no pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso”. Con esta idea concluyo *Carpe diem*. Los clásicos me han ayudado a ser mejor persona y a encontrar el camino para la felicidad. Han sido y son mis cómplices en el viaje de la vida.

—¿Y cómo se hace para superar a quienes te han hecho daño o te han traicionado?

—El olvido es la mayor venganza. Ya está. Te olvidas de esa persona. Hay que entrenarse para eso. De la misma forma que alguien entrena para correr una maratón. También mentalmente hay que entrenarse y estar preparado para combatir. Séneca dice que la vida consiste precisamente en eso, en combatir, en fortalecerse a ti mismo. Hay que tener objetivos claros, y hábitos, y saber que todo puede cambiar, porque el cambio es inevitable.

—Destaca en sus libros la importancia de la bondad para en la vida cotidiana. Sin embargo, en películas recientes (*Cónclave*, *Emilia Pérez*, *Joker*), los villanos parecen ser los protagonistas. ¿Por qué la bondad es hoy vista como una debilidad?

—*Emilia Pérez* me ha encantado. Me parece una tragedia clásica. En el teatro clásico, en la tragedia, hay coros, cantan. Hoy asimilamos el musical a la comedia, pero acá hay maldad y un mensaje de bondad también. Y, como en las tragedias clásicas, hay una función catártica, tú ves el mal para exorcizarlo, para no continuar con él. Esa es una función absolutamente terapéutica, que va más allá del entretenimiento.

—El director de esa película, Jacques Audiard, afirmó que el español es un “idioma de pobres y migrantes”.

—No lo sabía. Qué desagradable, qué despectivo.

—Recién hablaba de la alegoría de la caverna. ¿Se puede vincular a la demagogia? Lo pregunto por esta idea de que los cautivos en la caverna se niegan a ser liberados de la opresión o la ilusión en la que viven.

—Sí, vivimos en un mundo donde hay gente que defiende que la Tierra es plana o que no hay que vacunarse. También los que matan en nombre de la religión están dentro de la caverna. Platón le da forma a un conflicto de la condición humana y social que nos ayuda a entender el mundo y a tomar las decisiones.

—Muchas de estas personas dentro de la caverna están allí por obra del poder de sugestión de un líder. Me refiero a cierto sometimiento y manipulación que existe sobre los ciudadanos.

—Quiénes quieren hacerse con todo el poder necesitan de la ignorancia del pueblo, de los votantes. Necesitan meterlos en la caverna, convencerlos de que la realidad son aquellas sombras que están viendo proyectadas. La ignorancia de los ciudadanos es un instrumento de poder para quienes quieren hacerse con él a costa de la democracia y de la libertad.

—En la actualidad hablamos de wokismo,

Un activista de la cultura clásica

■ Emilio del Río nació en La Rioja, España, en 1963. Es doctor en Filología Clásica por la Universidad Complutense de Madrid y se desempeña como profesor Titular de Filología Latina en esa institución. Fue Premio Nacional de Estudios Clásicos por su tesis doctoral.

■ Combina su labor universitaria con la divulgación del mundo clásico, en libros como *Calamares a la romana*. *Latin Lovers* (fue uno de los libros más vendidos en España en 2019, con más de diez ediciones) o *Locos por los clásicos*. *Todo lo que debes saber sobre los grandes autores de Grecia y Roma* (2022). En 2023 publicó *Pequeña historia de la mitología clásica*.

■ Acaba de publicar, en febrero pasado *Carpe diem*. *Autoayúdate con los clásicos* (Espasa).

■ Desde 2021 conduce el podcast más escuchado de Radio Nacional de España, *Locos por los clásicos*, que ha recibido el Premio Ondas 2024 que otorga PRISA. Escribe una columna quincenal en *La Vanguardia* y otra en *Las Provincias* de Valencia.

■ Obtuvo los premios de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (2014) y de la Sociedad Española de Estudios Latinos (2011). En 2023 le fue concedido el Premio Acción Cívica en Defensa de las Humanidades, que el año previo obtuvo Irene Vallejo. En 2019, el gobierno de España le concedió la Cruz de Alfonso X el Sabio.

“La maldad existe. No estamos en un mundo ideal. Pero por encima de todo triunfa la bondad, que al final tiene premio. Creo firmemente en ella”

“¿Héroes actuales? Zelensky es un héroe que se enfrenta al dictador Putin, por ejemplo. Y María Corina Machado, que se enfrenta a Maduro”

“Séneca, Marco Aurelio o Cicerón ayudan a vivir. Los clásicos ofrecen respuestas profundas que han resistido la prueba del tiempo”

un concepto vinculado con la ultracorreción y la defensa exacerbada de ciertos valores, con la verdad objetiva como quimera. ¿Existió en la Antigüedad un movimiento semejante?

—Hoy vivimos en una Inquisición, una dictadura de lo políticamente correcto. Estas tendencias impiden la creación y van en contra de la libertad. Quien no piensa como los nuevos inquisidores es excluido, cancelado. Esto no es nuevo, tiene muchos siglos. Chesterton, un provocador nato, decía: “¿Para qué cometer los errores de siempre si podemos cometer otros nuevos?”.

—La demagogia viene de lejos. ¿Cuál puede ser el antídoto para combatirla o el bálsamo para calmar sus estragos?

—Hace 2000 años, Augusto era ya un maestro de la propaganda y de las *fake news*. Tenía apariencia de demócrata porque había elecciones al Senado. Se inventa una campaña contra Marco Antonio, a partir de la relación que éste tenía con Cleopatra. Es un genio de la propaganda. Por eso tenemos que estar avisados, educados, formados y leídos, para que el poder no nos manipule.

—Christopher Nolan anunció que está trabajando en su próxima película: su versión de *La Odisea*. ¿Qué tiene hoy para enseñarnos *La Odisea* y su héroe?

—Homero escribe la primera gran obra de la literatura universal, una obra acerca del dolor que supone la condición humana. *La Odisea* transmite un mensaje: la vida es un viaje, pásatelo bien. Una de las claves de la infelicidad es ponernos objetivos no alcanzables. La felicidad no está solo en el objetivo, sino en disfrutar en el viaje de la vida.

—La palabra odisea tiene la raíz *od*, de la que deriva el vocablo odio, y también le da nombre a su héroe. Los líderes pueden pronunciar discursos de odio.

—Sí, esta idea está en los clásicos: el inventarse un enemigo para afirmarse en el poder. Por eso debemos leerlos, porque nos ayudan a evitar los peligros que tenemos en nuestra vida personal, pero también social. La democracia es muy frágil: acaba en Atenas cuando el padre de Alejandro Magno, Filipo, baja de Macedonia y acaba con las ciudades-estado atenienses. Nos fascina Alejandro Magno, pero era un dictador. La República romana acaba también cuando llega Augusto, que seduce a la gente. Roma viene de un siglo desangrada de guerras civiles y Augusto les ofrece paz a cambio de libertad. ¿Cuántos años tardó de nuevo la humanidad en volver a votar?

—Hoy la libertad aparece en los discursos de muchos políticos. ¿Cómo se entendía este ideal en el mundo clásico?

—Los clásicos, los estoicos, los epicúreos, los escépticos, los cínicos no hablan de la libertad, pero sí aparece la libertad como forma de vida. Hablan de la libertad interior. Yo reivindico la libertad política, la democracia, como algo fundamental para ser feliz. No puedo entender ser feliz si no vivo en democracia. Hablar de democracia es hablar de felicidad. Y es algo muy frágil. Unos pirados asaltaron el Capitolio hace algunos años. La democracia está en retroceso en el mundo: China, Rusia, Venezuela... en México van a votar a los jueces. Ese es el principio del fin.

—Hay líderes que dicen tomar medidas en pos del bien común, pero llevan a cabo políticas corruptas. ¿Es cinismo?

—Aclaremos que no debemos confundir a los cínicos de la Antigüedad, los anarquistas del mundo clásico, con el cinismo como lo entendemos hoy. El caso que señalas es el de la manipulación y el engaño. Tenemos que evitar ser idiotas: el idiota es el que no quiere saber nada con las cosas comunes. La palabra tienen la misma raíz *id* que idioma o idiosincrasia. Idiotez es el que se queda en casa cuando hay que ir a la asamblea, el que no se implica en las cosas comunes. No dejes las decisiones en las manos de los políticos.

—¿Existen héroes en la actualidad?

—En la vida política, tendría que pensarlos; en la vida cotidiana, hay muchísimos. Volodimir Zelensky es un héroe que se enfrenta al dictador Putin, por ejemplo, o María Corina Machado, que se enfrenta a Maduro. La humanidad sale adelante por el espíritu colaborativo. “No pienses qué puede hacer tu país por ti, sino piensa qué puedes hacer tú por tu país”, dijo Tucídides. Eso es lo que hace que prosperen las naciones. Se trata de pequeños gestos. Por ejemplo, aquel que da su tiempo para combatir la soledad de los ancianos. ●

EL MUNDO —



Donald Trump comenzó su gobierno con una catarata de medidas que impactan no solo en Estados Unidos

AP/ JULIA NIKHINSON

La política exterior “soberanista” de Trump tiene su origen en 1919

Al presidente de EE.UU. se lo califica de “aislacionista”, pero sus amenazas de anexionar Canadá, apoderarse de Groenlandia y recuperar el Canal de Panamá sugieren otra cosa

Jennifer Mittelstadt
THE NEW YORK TIMES

Cuando el presidente Donald Trump empezó a hablar de recuperar el control del canal de Panamá, colegas y amigos me acibillaron a preguntas. ¿De dónde venía este interés inesperado por un área de control cedida hace mucho tiempo? ¿Cómo un arrebato sobre las tarifas y China se convirtió en una amenaza de obligar a Panamá a ceder su territorio a Estados Unidos? ¿Había algún tipo de razonamiento más amplio que pudiera explicarlo?

Me lo preguntaron porque durante más de siete años he estudiado a los activistas conservadores y sus opiniones sobre la política exterior del siglo XX. Pero, a pesar de todo el tiempo que he pasado en bibliotecas y archivos, estaba tan desconcertada como cualquiera acerca de las raíces históricas de la visión del mundo de Trump.

La literatura histórica no proporciona mucha orientación. Los historiadores tienden a clasificar a los conservadores en tres grandes grupos, a veces superpuestos: anti-comunistas, halcones de la defensa y neoconservadores constructores de naciones. Estos grupos resultaron incómodos para Trump en su primer mandato no captaban su esencia. Sí, llamó comunistas a sus enemigos, pero luego abrazó (y más tarde despreció) al dictador norcoreano Kim Jong-un. Sí, presumió del poder militar estadounidense, pero luego pareció ceder ante Rusia y su presidente, Vladimir Putin. Afirmó que quería que los soldados estadounidenses se marcharan de Afganistán, pero no lo hizo de manera con-

cluyente. Con su inclinación por la política personal y transaccional, y su imprevisibilidad, el hombre era casi imposible de categorizar.

Los historiadores, tomando nota de la retórica de Trump, lo apodaron aislacionista, como algunos de los conservadores que se opusieron a la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las recientes medidas de Trump demuestran los límites de ese apodo. ¿Anexionarse Canadá? ¿Apoderarse de Groenlandia? ¿Exigir la posesión del Canal de Panamá? ¿Cómo podrían cuadrar esas amenazas con el aislacionismo? Resulta que hay una parte de la historia poco estudiada que proporciona una nueva manera de entender sus instintos: es un “soberanista”.

La política soberanista estadounidense se originó hace más de 100 años, en el momento de profunda crisis de 1919, cuando el mundo emprendió una especie de referendo sobre el auge de la globalización que precedió a la Primera Guerra Mundial. Las naciones, cada vez más interconectadas, se vieron sacudidas por el paro del comercio y la migración que siguió a la conclusión de la guerra. Al mismo tiempo, se derrumbaron imperios y surgieron nuevos movimientos nacionalistas, con el resultado de que algunos Estados murieron y nacieron otros totalmente nuevos.

En medio de este dramático cambio, surgió la propuesta de una nueva forma de gobierno supranacional: la Sociedad de las Naciones. Los defensores del comercio global, los movimientos de independencia colonial, los internacionalistas, los socialis-

tas, los comunistas y los cristianos liberales aplaudieron la llegada del gobierno mundial, en el que muchos encontraban la promesa de la autodeterminación, el derecho público internacional y un nacionalismo sometido.

Pero muchos despreciaron la idea y ahí están los orígenes del movimiento soberanista estadounidense. En 1919, un grupo de senadores conocidos como los “irreconcilables” bloquearon la adhesión de Estados Unidos a la Sociedad de las Naciones. Estaban respaldados por un movimiento de organizaciones patrióticas, grupos de veteranos y fundamentalistas protestantes que argumentaban que esa organización pretendía usurpar el gobierno estadounidense. En sus palabras, menoscaba la historia y la cultura de Estados Unidos y permitiría que Estados incivilizados, no blancos y no cristianos ejercieran poder sobre sus ciudadanos. Entendían la cooperación internacional como una amenaza para la nación.

En la década de 1930, ayudaron a liderar el movimiento America First (Estados Unidos primero), que se oponía a la entrada en la Segunda Guerra Mundial del lado de los Aliados. Lejos del aislacionismo, los soberanistas defendieron abiertamente el anti-internacionalismo de los fascistas, apoyaron la rebelión nacionalista de Francisco Franco en España y aceptaron —incluso vitorearon— a los regímenes de la Alemania nazi y la Italia fascista que se burlaron de la Sociedad de las Naciones, que se desmoronaba. El reverendo Norman Vincent Peale, el ministro que casó a Trump y

a su primera esposa, Ivana, se unió al movimiento soberanista en este primer período.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los soberanistas emprendieron una prolongada batalla contra las Naciones Unidas. Se resistieron a la participación estadounidense en el Tribunal Internacional, en la Organización del Tratado del Atlántico Norte y en el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, precursor de la Organización Mundial del Comercio. En su opinión, los pactos y organismos de la ONU socavaban la autoridad civilizadora de las naciones blancas y cristianas al ofrecer afiliación a comunistas, asiáticos y africanos.

En las décadas de 1950 y 1960, los panameños empezaron a invocar los estatutos de la ONU y las normas del Tribunal Internacional sobre territorios en disputa para desafiar la autoridad de Estados Unidos sobre el canal y conseguir el apoyo de la ONU para transferirlo a Panamá. Los soberanistas lo calificaron de complot para robar un territorio estadounidense que era, en palabras de la Liga Patrick Henry de Nueva York, “tan nuestro como la cúpula del Capitolio y el himno nacional”.

Desde finales de la década de 1950 hasta la de 1960, una coalición de grupos como el Comité de Política Panamericana y la Coalición Americana de Sociedades Patrióticas respondió a los presidentes Dwight Eisenhower, John F. Kennedy y Lyndon Johnson por hacer concesiones a las exigencias panameñas. Los críticos saldrían perdiendo. En 1973, el líder panameño, Omar Torrijos, dio el golpe de gracia al recibir al

Consejo de Seguridad de la ONU en Panamá para celebrar una audiencia sobre la “colonia en el corazón de mi país”. Junto con importantes protestas locales, el acontecimiento presionó a Estados Unidos para que negociara un tratado que concediera a Panamá el control total. El presidente Jimmy Carter lo firmó en 1977, lo que enfureció a los soberanistas, cuya causa, que duraba ya décadas, captó finalmente el interés de nuevos conservadores influyentes, incluido el candidato presidencial Ronald Reagan.

Cuando terminó la Guerra Fría, los Estados Unidos persiguió acuerdos comerciales multilaterales, forjó un nuevo consenso neoliberal y comprometió a su ejército en los esfuerzos internacionales de mantenimiento de la paz en Somalia y, más tarde, en los Balcanes. Eso era lo que los soberanistas siempre habían temido, y en su resistencia anticiparon la reacción populista más amplia contra la globalización que ayudó a impulsar la popularidad de Trump. Visto desde la perspectiva de las batallas recurrentes entre quienes aceptan la gobernanza internacional como herramienta para proyectar el poder estadounidense y quienes la temen como una humillante cesión de la autonomía estadounidense, la amenaza de Trump de retomar el Canal de Panamá muestra cómo la política soberanista impregna a la derecha actual. En Trump, este movimiento ha encontrado a su campeón más influyente.

En su primer mandato, la política soberanista estuvo presente en sus ataques a la ONU, la OTAN y los acuerdos internacionales sobre comercio y clima. Los soberanistas impulsaron su celo restrictivista para proteger las fronteras nacionales contra la inmigración. También impulsaron las relaciones cordiales de Trump con otros escépticos de las organizaciones internacionales, como Viktor Orbán de Hungría o Giorgia Meloni de Italia.

La influencia del movimiento soberanista puede retroceder ante un presidente cambiante y distraído. Y algunos miembros de la coalición de Trump no suscriben un punto de vista puramente soberanista, incluido el secretario de Estado, Marco Rubio. Pero los soberanistas más enérgicos dicen abiertamente que exigirán la retirada de la ONU, si es necesario. Ya se oponen a muchos pactos y convenciones propuestos, incluido el Pacto para el Futuro de la ONU, que aborda el cambio climático y la desigualdad.

El gobierno de Trump ha dicho que pretende retirarse de la Organización Mundial de la Salud [organismo del que la Argentina se retiró esta semana] y ha dado pasos hacia una casi prohibición de la inmigración. Es probable que debilite a la Unión Europea, debilite a la OTAN. Y tratará de recuperar una especie de control del hemisferio occidental como en la época de la Doctrina Monroe, pase lo que pase con el canal.

El hecho de que Trump adopte una política soberanista solo envolverá a regímenes similares de todo el mundo. El Brexit fue un presagio de otras posibles salidas de la Unión Europea. Casi todos los partidos de derechas de Europa se plantearían una si llegaran al poder.

Según parece, viene un período revuelto para las relaciones internacionales, menos regido por los principios compartidos y los modos de funcionamiento que duraron desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hace solo unos años. ●

Profesora de Historia de Estados Unidos en la Universidad de Rutgers

ENTREVISTA —

Los ataques de Israel y la caída de Al-Assad en Siria debilitaron a la organización terrorista, que ya no tiene conexión terrestre con Irán

Paul Salem.

«Hezbollah perdió liderazgo, poder y capacidad de disuasión»

Daniel Helft
PARA LA NACION

La guerra en el Medio Oriente y la caída del régimen del dictador sirio Bashar al-Assad han provocado un reordenamiento extraordinario de las fuerzas políticas de la región, con ganadores y perdedores claros.

Entre los más golpeados se encuentra Hezbollah, señala Paul Salem, experto del Middle East Institute (MEI), con sede en Washington. Se trata del grupo armado paraestatal más grande del mundo, conocido en la Argentina por su responsabilidad en la voladura de la AMIA, en 1994, el mayor ataque terrorista en suelo argentino, en el que murieron 85 personas. Hezbollah opera además en la Triple Frontera, donde financia el narcotráfico y la venta de armas, entre otras cosas.

El grupo lleva unos 40 años enquistado en el sur del Líbano. Desde allí ejerce una presión militar constante contra Israel como parte del autodenominado Eje de Resistencia, un conjunto de actores paraestatales financiados por Irán. Estos grupos, del cual Hezbollah es por lejos el más importante, han funcionado como un elemento de disuasión contra posibles ataques de Israel y los Estados Unidos contra el régimen de Irán.

El 7 de octubre de 2023, cuando el grupo terrorista Hamas penetró en territorio israelí y cometió la peor masacre de judíos desde el Holocausto, Hezbollah se sumó a la ofensiva y comenzó a atacar a Israel desde el norte, forzando a unas 70.000 personas que vivían en pueblos y ciudades cercanas a la frontera a abandonar sus hogares.

Israel, tomado por la guerra en Gaza, intercambió fuego con Hezbollah durante meses, pero inicialmente resistió el impulso de enviar tropas. Todo cambió en septiembre, cuando inició una ofensiva militar que sorprendió aún a los observadores más avezados por su efectividad. Fue el operativo cuasi cinematográfico por el cual explotaron los *pagers* (beepers) que estaban en los bolsillos de altos mandos de Hezbollah. Decenas de combatientes de alto rango murieron en el ataque. A esto se sumó el asesinato de varios líderes de Hezbollah, principalmente el de su jefe histórico, Hassan Nasrallah. La ofensiva terrestre israelí, que desplazó a más de un millón de habitantes del sur del Líbano, logró destruir la mayor parte de los depósitos de armamentos del grupo y sus misiles, así como sus plataformas de lanzamientos.

“El arma más efectiva de Israel fue su trabajo de inteligencia conectado a los nuevos dispositivos de inteligencia artificial, que le permitieron saber todos los movimientos de Hezbollah”, explica Paul Salem, que fue presidente y CEO del MEI, la institución más antigua de Washington dedicada al estudio del Medio Oriente.



Paul Salem, experto en Medio Oriente y en el grupo Hezbollah

MIDDLE EAST INSTITUTE

Salem es actualmente vicepresidente del MEI para Asuntos Internacionales, basado en Beirut. Autor de una decena de libros sobre la región, Salem nació en los Estados Unidos y fue criado en Beirut, donde reside actualmente. Se doctoró en ciencias políticas en Harvard y concentra su *expertise* en cuatro países de la región: Líbano, Siria, Iraq e Irán. Cuando no se encuentra analizando los insondables conflictos del Medio Oriente, dedica sus energías a tocar jazz con su banda de música árabe-brasilera.

Salem explica que los israelíes, mediante el uso de alta tecnología, lograron hackear los teléfonos, las cámaras y todas las redes de Hezbollah. Con armamento sofisticado

provisto por los Estados Unidos, Israel destruyó la gran mayoría de los objetivos militares de Hezbollah.

“Perdieron su liderazgo, una gran cantidad de combatientes, un sentido de equilibrio de poder y su capacidad de disuasión. Además de ver a su población en retirada de la región”, dice Salem.

Luego Hezbollah sufrió una segunda derrota estratégica. Fuerzas rebeldes sirias, aprovechando la distracción de Hezbollah e Irán en su guerra contra Israel, lanzaron una ofensiva militar que liquidó el régimen sanguinario de Al-Assad en Siria, eliminando el principal aliado de Irán y Hezbollah en la región. “Esta pérdida fue aún más significativa para Hezbollah”, dice

Salem. “Perder Siria significa que ya no pueden rearmarse, porque no tienen acceso a Irán a través de ese país, lo cual los coloca en una posición de extrema debilidad.”

A finales de noviembre, Israel y Líbano firmaron un cese el fuego tras 14 meses de hostilidades con Hezbollah, con la promesa de que dicha organización no operaría más en el sur del Líbano.

—¿Cómo definiría a Hezbollah? Amplios sectores de la comunidad internacional lo tildan de organización terrorista.

—Como científico político te diría que decir solo que es una organización terrorista no aclara mucho las cosas. Hezbollah es una extensión de

Irán, en la que los ayatolás gastaron billones de dólares en misiles para que actuara como un disuasor de posibles ataques de Israel y los Estados Unidos. También fue un movimiento de liberación. Israel ocupó parte del Líbano y Hezbollah luchó contra eso. Y también es un partido político que busca cargos en el Parlamento libanés. Al mismo tiempo, ha construido una red de operaciones criminales secretas, con las drogas y otras formas de contrabando. Sus células en el mundo atacan personas o instituciones. Cuando una organización ataca civiles para causar terror y generar una reacción política, hace terrorismo. Eso es lo que hicieron en la Argentina en 1994.

—¿Ahora las operaciones internacionales de Hezbollah se verán disminuidas?

—Esas operaciones dependían del acceso de Hezbollah al aeropuerto y el puerto de Beirut. Las rutas del contrabando pasaban por Siria y de allí a Beirut, para llegar a África y América Latina. Eso, en gran medida, lo ha perdido. Están perdiendo el acceso a las fronteras terrestres, dado que Siria ya no es amigable. Su capacidad de operar internacionalmente está muy reducida.

—Imagino que ha de ser muy difícil para Hezbollah verse en un lugar tan vulnerable.

—Hezbollah está haciendo esfuerzos denodados por presentar las múltiples derrotas sufridas como victorias. Dicen que forzaron a los israelíes a un cese el fuego y que evitaron que Israel ocupara más territorios en el sur del país. Y también que han sobrevivido dignamente el intento israelí de destruirlos. Pero no creo que sea creíble para gran parte de su gente. Por eso están muy preocupados por su futuro político.

—Desde la perspectiva israelí, ¿dejó de ser una amenaza?

—Hezbollah sigue teniendo muchas armas pese al enorme daño causado por los ataques israelíes. Pero creo que la gente del norte de Israel va a poder regresar lentamente a sus hogares. Por las condiciones del acuerdo de cese el fuego, Hezbollah va a quedar muy lejos de la frontera. Seguirán teniendo la posibilidad de lanzar algún misil contra Israel, pero ya no la posibilidad de cruzar la frontera al estilo 7 de octubre. Al no tener la posibilidad de conseguir armamentos por la situación política en Siria, su fuerza de combate quedó muy disminuida.

—¿Hay una oportunidad de reconfigurar la región?

—Hay una oportunidad y tengo alguna razón para el optimismo. El régimen de Al-Assad era lo peor. Con él no había solución posible. Solo radicalización y más refugiados a la vista. Además, con su partida, el régimen iraní también está relegado y hasta marginado, diría. Para mucha gente, y me incluyo, esto es algo positivo. La política de Irán era la de apoyar a actores paraestatales como Hezbollah y Hamas en el Líbano, en Siria, en Irak o en Yemen. Y el objetivo era siempre el de socavar el Estado en cuestión. La partida de Al-Assad entonces es muy positiva, incluso si lo que le sigue tiene sus problemas.

—¿La guerra con Israel ha terminado?

—En su mayor parte, sí. Lo que no ha sucedido aún es la confrontación entre Israel e Irán, que es la más importante. Para eso Israel necesita a los Estados Unidos. No puede actuar solo. Entonces, ahí está la enorme pregunta que hoy sobrevuela en Medio Oriente. Y todavía no sabemos qué es lo que va a hacer Trump. Ese es el gran interrogante. O Trump negocia y logra enormes concesiones por parte de Irán o puede haber una guerra con Irán. ●

ENSAYO —

Pureza y peligro

En la posmodernidad, el fanatismo puede vestirse de cualquier color

El impulso purista de las corrientes identitarias conspira contra la esencia de la democracia, sistema en el que la vida del individuo no está determinada por su origen

Diana Sperling
PARA LA NACION

Nada me espanta más que la pureza. O mejor dicho, la aspiración a ella.

Por definición, lo puro es simple: sin mezcla ni dobleces. Pero el humano es complejo. La vida lo es, como el mundo con toda su infinita e inabarcable riqueza. Cuando se ambiciona lo puro, se pretende eliminar aspectos, elementos, aristas de esa complejidad que "embarran" o contaminan lo que debería ser de un solo y único modo.

Pureza y peligro es el título de un revelador texto de la antropóloga Mary Douglas publicado en 1966. Lo que la erudita descubre es que, en todas las culturas, la distinción entre puro e impuro es clave para la supervivencia. La distribución de lo existente en campos opuestos es una de las maneras fundamentales en que funciona el pensamiento, en vistas a la organización del mundo y de la experiencia. Todos los relatos míticos a lo largo y ancho del planeta reflejan ese mecanismo: día y noche, abajo y arriba, luz y oscuridad, femenino y masculino, sagrado y profano, sucio y limpio... Estrategias para armar ámbitos identificables, orientarse en ellos, separar y distinguir "bueno" y "malo" y, por tanto, herramientas necesarias para la conservación de la vida. La alimentación es un ejemplo básico: diferenciar lo nutritivo de lo venenoso es uno de los modos que esa distinción adopta.

Pero el punto central de la investigación de Douglas es que lo universal es la estructura, es decir, la separación misma, y no los contenidos de cada uno de los campos separados. Todas las sociedades realizan tal división, pero lo que para una cultura es puro e impuro para otra. Más aún: un determinado elemento (la sangre, por ejemplo) es impuro, por ende su contacto contamina... pero en ciertas circunstancias se usa para purificar. Así, en diversas comunidades las heces, el fuego, ciertos animales se ubican en esa categoría. Lo que cada elemento representa no es un dato aislado, sino que se inscribe en una red compleja de significados y relaciones que ordena el mundo simbólico, establece valores y prescribe acciones. Y esa red cambia de una cultura a otra.

De modo que puro e impuro no son cosas ni esencias, sino funciones.

Tales valores (pureza, impureza, etc.) se expresan en formas visibles y concretas mediante el ritual. Los rituales son puestas en escena —performances, diríamos hoy— que inscriben la legalidad colectiva en los individuos a la vez que inscriben al individuo en el grupo, lo reconocen como parte de esa comunidad y le otorgan el estatus que corresponde a su edad, sexo, oficio y demás. Así se ve, por ejemplo, en los ritos de pasaje: de niño a adulto, de soltero a casado, de vivo a muerto. Todo cambio de estado o condición requiere ser formalizado y legitimado ante los otros mediante ese acto público.

Si la pureza y la impureza no son esencias fijas sino estados, en cierta forma coyunturales, se debe a que los humanos no contamos con los mecanismos instintivos de los animales: estos "saben" qué pueden comer y qué no, cuándo atacar y cuándo defenderse. Nuestra especie, en su indeterminación, necesita armarse una "segunda naturaleza" que informe y fije los valores de las cosas, y los mecanismos para relacionarnos con ellas. A ese artificio virtuoso se le llama cultura.

Si puro/impuro es una distinción básica de toda sociedad, el problema es cuando se olvida que sus términos son relativos y no absolutos.

Lo recuerda, en el siglo XVII, nada menos que Spinoza: "Se llama sagrado y divino aquel objeto que está destinado a la práctica de la piedad y la religión, y solo será sagrado mientras los hombres hagan del mismo un uso religioso". Las cosas son sagradas o profanas según el uso que se haga de ellas.

También Kant lo advirtió: lo que conocemos no es "la cosa en sí", sino lo que se nos aparece, según los límites de nuestro entendimiento. Nuestro acceso al mundo es mediado: el lenguaje nos distancia de lo real, lo que "captamos" son representaciones. Lo "puro" no es una propiedad de las cosas, sino el valor que nuestro pensamiento les atribuye dentro de una estructura (voluntaria ni consciente), según el sistema de creencias de una determinada comunidad.

Pero los tiempos actuales se inclinan por una captación inmediata, simplista y achatada de lo que somos y lo que nos rodea. Como si fuera posible sortear toda mediación, o como si pudiéramos decidir, por nuestra propia cuenta, qué son las cosas y cómo es el mundo.

Impuros, herejes, enemigos

La compulsión a la pureza es tan antigua como la historia humana. En diversas épocas y lugares, adquiere manifestaciones específicas. Dos síntomas actuales de ese impulso purista son la IA y las corrientes identitarias. En ambas, por diversas vías pero emparentadas entre sí, se buscan denodadamente dos rasgos: transparencia y simplicidad. Sin claroscuros.

Vivimos bajo el imperio de los algoritmos. Combinatorias numéricas, coordinadas que formatean preferencias y aspiraciones; que prescriben la dirección y el destino de nuestro deseo, desde un colchón a una película, de un lugar vacacional a una licuadora. La IA se retroalimenta con cada respuesta y arma un andamiaje capaz de marchar sin sujeto, sin resabios de no saber, sin ambivalencias. El inconsciente —ese extranjero que nos habita y habla en nosotros— es ignorado y erradicado. Es que, en el ámbito de la pureza, lo impuro es siempre lo (o el) otro, lo extranjero/extraño.

La IA no sueña. No duda. No entiende ni produce doble sentido. Desconoce la metáfora. Si en algún diálogo parece reírse de algún chiste, es como la mueca deforme que ejecuta por imitación una persona que no conoce la lengua en la que se le habla. La IA copia el gesto, pero vacío de sentido. O mejor dicho: todo en ella es sentido, compacto y sellado, unívoco y plano. Dice lo que dice y nada más. No hay equívocidad, nada queda en los bordes de las palabras.

Por su parte, los movimientos identitarios actuales —a caballo de la corriente woke— "saben" qué es cada quien: a partir de un rasgo peculiar (etnia, color, sexo, lugar de nacimiento, edad...) definen el ser completo y lo ubica en un casillero específico. Como en las góndolas del supermercado, ese casillero



Partidarios del partido político de extrema derecha Alternativa para Alemania.

ostenta una etiqueta con el nombre del producto y el precio. En el caso de lo identitario, lo que expone la etiqueta es un valor... moral.

La interseccionalidad, fenómeno que va de la mano de lo identitario, es un sistema ordenador aparentemente complejo pero en el fondo burdo y reduccionista. Una hoja de cálculos que distribuye los datos con sus respectivas clasificaciones y relaciones. Varón/blanco/occidental/judeocristiano/heterosexual es una combinación nefasta: quien porta esos rasgos se ubica inmediatamente en el campo de los opresores sin posibilidad de redención. Entre buenos y malos, opresores y oprimidos, victimarios y víctimas, la distinción es inmediata. Desde alguna autoridad incuestionable se decide de una vez y para siempre qué lugar corresponde a cada uno. Posmodernidad invadida por censuras y condenas, cancelaciones y juicios terminantes, pecados y salvadores... No por nada, la sigla que la identifica es DEI. La nueva deidad de una religión de los orígenes.

Pero los que se ubican en la vereda de enfrente al wokismo apelan a los mismos slogans: "nosotros" los puros vs. "los otros" impuros. El afán de pureza no distingue entre izquierdas y derechas. El fanatismo puede vestirse de cualquier color.

El pasado no parece haber dejado enseñanza alguna. Sintagmas tales

como "pureza de sangre", "pureza de raza", "pureza de fe" han llenado de horror las páginas de la historia, desde la Inquisición hasta el nazismo. *Ni una gota de sangre impura*, un libro ejemplar de la académica belga Christiane Stallaert, estudia con rigor las semejanzas entre ambos regímenes y demuestra que, lejos de ser fenómenos aislados o perimidos, son concepciones que se reactualizan en Occidente desde tiempos remotos. Es el sueño (¿la pesadilla?) de un Estado homogéneo, cuya identidad esté basada en la uniformidad racial-étnica-religiosa. Todo lo "otro", lo que no encaja en esa grilla, necesariamente debe ser expulsado, asimilado o eliminado. Los terroristas actuales atacan a los "infieltes" en base a similares argumentos.

Los movimientos identitarios, bajo su disfraz de hipermodernidad, parecen tomar préstamos de las dos corrientes mencionadas, ambas, según Stallaert, "idealismos, utopismos que perseguían... un ideal supuestamente positivo, el Bien, lo Puro, identificado en términos exclusivos con la esencia del propio ser".

En una primera mirada, da la impresión de que la defensa de las identidades aboga por la inclusión y las diferencias: parecería exactamente lo opuesto del ideal nazi o casticista. Pero he ahí la paradoja: en su aparente ambición de diver-



nia (AfD), en Turingia

GETTY

sidad, los postulados identitarios también apelan a las esencias y funcionan en base a definiciones sustancialistas. La raza, el color, la procedencia étnica son determinaciones que reivindican un "origen", igual que lo hacían los regímenes y sistemas eliminacionistas. Entre origen y pureza hay una ligazón inextricable: lo que se aleja de ese momento pristino se impurifica.

El ruido de los ideales al caer

La idea de que el nacimiento—el lugar, la familia o la "estirpe" a la que se pertenece—no determinaba el destino de una persona fue un *turning point* decisivo que trajo aires nuevos a la historia. Implicó el pasaje de la tribu a la sociedad, donde la calidad de ciudadano es más relevante que el origen étnico. Una inédita concepción social y política que vio su aurora en dos culturas por demás diferentes pero con rasgos en común. La democracia fue parida por un lado en Atenas, en el seno —y a contrapelo— de un mundo donde la cuna determinaba todo lo que venía después: se era, desde el vamos, noble o esclavo. La nueva y revolucionaria noción de igualdad ante la ley conmovió los cimientos de la cultura helena y fue decisiva en la configuración de Occidente. Por otro lado, la idea democrática apareció en el judaísmo, cuando una multitud heterogénea salió de la esclavitud se

constituyó como pueblo en el desierto al pie del monte Sinaí, en repudio al régimen imperial del faraón. Allí, ese grupo recibe y adhiere a una Ley que es la única soberana y que está por encima de todos, desde el más humilde al más encumbrado.

Más allá de sus defectos y modulaciones, el advenimiento de la democracia implica, en primerísimo lugar, que el factor que decidirá los avatares de la existencia es lo que se haga con lo que se trae de fábrica. Se rompe la correspondencia férrea entre origen y destino y surge, de algún modo, la libertad. Fin del determinismo. El futuro ya no será reflejo ni efecto automático del pasado. Comienza a verse a la criatura humana no como ente coagulado, idéntico a sí mismo, sino como *work in progress*. La lucha de clases—independientemente de sus fallas o distorsiones—encuentra allí su fundamento, del mismo modo que la movilidad social. El ascenso de un individuo depende del trabajo, el mérito y otras cualidades, pero no de la familia en cuyo seno había nacido.

La caída de esa bandera arroja a las generaciones presentes a una orfandad de ideales. Sustituir la lucha de clases por el combate entre identidades parecería ser la nueva propuesta, pero el reemplazo presenta problemas serios: si el anterior ideal habla de los posibles logros o de la situación histórico-política (es de-

cir, la cultura), lo identitario remite al ser fijo, "natural". Atribuye valor intrínseco a un color, una etnia o una condición sexual.

Retrocedemos a esas épocas en que la raza (concepto más que obsoleto) y el origen marcan el lugar del sujeto en lo social. Todo énfasis en esas cualidades de nacimiento corre el riesgo de convertirse en supremacismo. ¿Hace falta recordar el lema nazi, *Blut und Boden*, "sangre y tierra", para tener presente el peligro de las apelaciones a lo originario, lo autóctono, lo nativo? Las diversas formas de racismo que se han dado en la historia tienen su fuente en esa concepción naturalista y biologicista, con apariencia "científica". Sus clasificaciones no son meras diferencias que se despliegan en lo horizontal, sino rasgos que dibujan un eje vertical donde hay superiores e inferiores. Que uno de los términos hoy esté arriba y mañana abajo solo da lugar a una inversión gatopardista. La paradoja es que lo que se presenta como más moderno y progresista tiene una base anacrónica y reaccionaria. Como si olvidáramos que los humanos somos, todos, migrantes, indeterminados, extranjeros de un modo u otro, separados de la naturaleza por nuestra condición legal y hablante.

Deshacer el ser

Pero ¿cuál es la estructura del fenómeno? Lo que sostiene tal esquema es que se privilegia el ser por sobre el estar o el hacer.

Desde la Grecia clásica hasta ahora, una pasión ontológica recorre Occidente, a pesar de los intentos de muchas corrientes filosóficas (existencialismo, fenomenología, deconstruccionismo) de desarmar tan férrea prisión. A través de los siglos resuena el viejo Parménides con su consagración del ser (el ser es, el no ser no es ni puede ser pensado), que marca a fuego todo el pensar de Europa y adquiere rango de universal. De ahí, la diferencia entre pureza sustancial (ser puro o impuro) y la ritual: estar puro o impuro.

En pocas lenguas existe la posibilidad de distinguir entre ambas formulaciones. Investigadores como George Steiner y Emile Benveniste han mostrado que no todas las culturas tienen el verbo ser en sus lenguas, al menos no con el sentido y la preeminencia que le otorga el griego (y luego el latín y todo Occidente). Esos pueblos "otros" hablan de sus vidas a través de formas fluidas o circunstanciales, una suerte de "estar siendo". El cambio predomina sobre la fijeza. No hay "cosas en sí" ni sustancias, sino estados y situaciones.

Consagrar el ser por encima del estar o del hacer conlleva un pensamiento esencialista. Y la esencia, por definición, es pura. En el siglo XX, después del horror nazi, Emmanuel Levinas advierte la oscuridad que se cierne sobre Europa y publica un libro cuyo título es elocuente: *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Otro texto luminoso caído en el olvido... Y Henri Meschonnic escribe *El nacionalesencialismo de Heidegger*, para recordarnos que toda locura totalitaria tiene sus argumentos y su filosofía.

Tras lo ocurrido, ya deberíamos saberlo: los totalitarismos de cualquier signo, tarde o temprano, devienen terrorismo, porque hacen de la pureza su ideal y su sentido último. No todo purismo es terrorista, pero todo terrorismo es purista.

Parfraseando a Mary Douglas (e invirtiendo su título): pureza y peligro, lejos de ser términos antagónicos, se solapan. En el mundo real de los humanos, el máximo peligro es la pureza. ●

Filósofa, escritora

— MIRADAS —

Ex libris: contra los amigos de lo ajeno

María José Rodríguez Murguiondo
LA NACION

La más sofisticada estrategia de robo de libros de los últimos tiempos es probable que haya sido la del italiano Filippo Bernardini, quien tuvo en vilo a la industria editorial durante cinco años hasta que el FBI lo detuvo en enero de 2022 en el Aeropuerto John F. Kennedy, en Nueva York. Bernardini, que trabajaba como coordinador de derechos de Simon & Schuster en el Reino Unido, enviaba mails haciéndose pasar por agentes, editores y scouts literarios, y creaba nombres de dominio de internet ligeramente modificados como *penguinrandomhouse.com* en lugar de *penguinrandomhouse.com*, colocando una "rn" en lugar de una "m". Finalmente, en 2023, fue deportado y solo condenado a pagar 88.000 dólares a Penguin Random House, para reembolsar a la compañía los honorarios legales. En una carta dirigida al tribunal que lo juzgó, Bernardini ofreció una simple explicación a la pregunta que todos se hacían: ¿para qué robaba manuscritos de autores prestigiosos si jamás los pirateaba en internet ni los vendía ni pedía rescate? "Siempre me han gustado los libros" fue su cándida respuesta.

Este gusto por apropiarse de libros ha tenido múltiples variantes a lo largo de los tiempos. Entre ellas, tal vez la más difundida sea la de los subrepticios hurtos en las librerías. De esta picardía poco jocosa para los libreros, se han jactado hasta los más renombrados escritores. En el *Diccionario del bibliómano*, de Antonio Castronuovo, en el capítulo "Robar escribiendo", se relata que el escritor chileno Roberto Bolaño desarrolló una extensa carrera como "atracador de librerías" hasta que casi va preso cuando finalmente fue descubierto. También el escritor argentino Rodrigo Fresán se jacta de que con sus amigos hicieron una apuesta de quién lograba "manotear" en una suerte de raid delictivo los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, en siete diferentes librerías de la calle Corrientes. Ninguno tuvo éxito.

Existe otra táctica mucho más sutil que despliegan aquellos que gustan de adueñarse de lo ajeno. Pocas situaciones más temidas son aquellas en las que, cuando invitamos a amigos o conocidos a nuestra casa, los vemos primero a la distancia elogiar la biblioteca. El acercamiento hacia ella ya enciende las luces amarillas de alerta, pero siempre con la esperanza de que no se trascienda ese límite de la admiración. Las luces rojas se detonan cuando, tras la temida aproximación, después de un escaneo minucioso, una mano rapaz se extiende hacia un ejemplar, lo extrae de su cálido refugio entre sus congéneres, lo hojea, hace algún comentario sobre el libro en cuestión y lanza la tan temida pregunta que ya la mente de quien va a ser saqueado formula antes de que siquiera la enuncie: "¿Me lo prestás?", seguida por un "lo leo y te lo devuelvo" que más que promesa es un dardo tranquilizador. Ambos saben desde ese preciso momento que eso jamás va a suceder. Aquel que es requerido de ceder su preciado bien se ve sumido en la imposibilidad de negarse a semejante petición, porque la sensación de mezquindad y descortesía leganan la partida. Orondo, el que ha resultado ganador, se marcha victorioso con el botín de la contienda.

Tan antigua es esta práctica de la apropiación de textos que en el siglo XV a. C. el faraón egipcio Amenhotep III inventó una placa de barro que usaba como marca de propiedad en los estuches de los rollos de papiro de su biblioteca. Se los conoce como *ex libris*, locución latina que quiere decir "de entre los libros de" y luego se agrega el nombre del dueño. Con el tiempo, se convirtieron en etiquetas o sellos grabados que se estampaban en las tapas de los libros, en la primera página, o en todas, como tortuoso recordatorio de la expropiación y de la deuda pendiente. Para consuelo de las almas heridas por sus pérdidas, la grata noticia es que en la actualidad los *ex libris* siguen existiendo en forma de sellos personalizados. Ante la impotencia de experimentar la desaparición de un libro amado, son un recurso que genera al menos la ilusión de su restitución. Aunque, en realidad, lo ideal sería que, ante este descarado pedido, uno se plantara, dejara de lado toda cortesía y contundentemente respondiera: "No, no presto libros". Punto. ●

CRÓNICA —

Del blues al rock. Un viaje al corazón de la música estadounidense

En un libro reciente, el autor narra su viaje por el sur de los Estados Unidos para rescatar las raíces y los nombres que fraguaron el género *americana*

Juan Yofre
PARA LA NACION

El 18 de noviembre de 1993 los miembros de Nirvana grabaron en los estudios Sony de Nueva York el álbum en vivo *MTV Unplugged*. La agrupación liderada por Kurt Cobain tocó catorce canciones de manera ininterrumpida en poco más de una hora. Al mes siguiente, MTV dio a conocer el material en su canal de televisión. Sin embargo, el álbum salió a la venta casi un año más tarde, en noviembre de 1994. Entre una fecha y la otra ocurrió un hecho fortuito que no estaba previsto en los planes de nadie: Cobain falleció el 5 de abril de 1994, a los 27 años. Con solo tres álbumes de estudio publicados, Nirvana marcó a toda una generación. Su disco *Nerve* es considerado por muchos críticos de rock el mejor trabajo musical de la década de 1990. Desplazó a *Dangerous*, de Michael Jackson, del tope de listas de ventas de Billboard.

En aquel *unplugged* —desenchufado, en inglés—, Nirvana interpretó una canción de su primer álbum, *Bleach* (1989); cuatro del segundo, *Nevermind* (1991), y tres de tercero, *In Utero* (1993). Los restantes seis temas, para llegar a catorce en total, pertenecían a otros artistas.

Previo al inminente cierre del concierto, la decimotercera canción interpretada fue "All Apologies", un tema sobre alguien que pide disculpas. Su letra termina afirmando, en repetidas ocasiones, que somos como somos y que no hay mucho que pueda hacerse al respecto.

Luego los músicos discutieron durante dos minutos con qué tema terminar la función. El baterista, David Grohl, propuso hacerlo con "Sliver", un tema de la banda. Cobain se opuso con el argumento de que su voz no daba para más. Acto seguido, prendió un cigarrillo, intercambió unas palabras con el público presente, y dijo que el final sería para una canción compuesta por su artista favorito, Leadbelly. Así las cosas, el show terminó con "Where Did You Sleep Last Night".

Al igual que este cronista, que contaba con 19 años en 1994, muchos jóvenes se habrán preguntado: ¿de quién habla? Huddie William Ledbetter (1888-1949), más conocido como Leadbelly, fue un artista de blues y folk nacido en Luisiana. Este sureño descendiente de afroamericanos, autor de reconocidos éxitos que componen el cancionero norteamericano, tales como "Goodnight Irene" y "Midnight Special", fue retratado en el año 1976 en una película que lleva su nombre.

En mayo de 2019 viajé a Atlanta, Georgia. En el aeropuerto alquilé un auto y comencé un viaje de dos semanas por el sur de los Estados Unidos. El objetivo fue unir los mil kilómetros que separan a Nashville



Charlie Daniels durante un show en el Grand Ole Opry House, en Nashville



Bourbon Street, célebre calle del Barrio Francés de Nueva Orleans



Una familia escucha música en vivo en Beale Street, Memphis

FOTOS: JUAN YOFRE



Destino Sur.
Mil kilómetros de
recorrido musical
Juan Yofre
Dunken

de Nueva Orleans y entrelazar los sonidos que definen musicalmente al país. Me refiero al country, el blues, el rock y el jazz. Además de aquellas dos ciudades, visité Memphis, Clarksdale e Indianola. Por alguna razón que me causaba curiosidad y fue motivo de investigación personal durante años, entre 1900 y 1950 se forjó en esa zona marginal del país la música que sirvió de lenguaje común de los estadounidenses y les dio una suerte de identidad compartida. Estoy convencido de que lograron entenderse mejor gracias a la música creada por hombres y mujeres en los alrededores del camino que recorrí durante ese viaje, del que doy testimonio en el libro *Destino Sur. Mil kilómetros de recorrido musical*.

Con el afán de ver y describir me llevé un cuaderno. Volví con mis anotaciones, quince libros y treinta CD. Sí, todavía acumulo CD.

Nashville, primera parada

Comencemos por Nashville. Conocida como Music City, la ciudad fue fundada en 1784 y su nombre es un homenaje al general Francis Nash. Desde 1843 es la capital del estado de Tennessee y tiene, en su área metropolitana, dos millones de habitantes. A lo largo de la calle Broadway hay alrededor de setenta *honky tonks*. Así se llama a los locales en los que se toca música en vivo de lunes a domingo, desde las once de la mañana hasta las primeras horas de la madrugada. Unas quince mil personas llenan estos establecimientos los fines de semana.

Cada artista o banda que toca en los *honky tonks* cuenta con más o menos una hora para entretener al auditorio, que escucha, canta y baila. Terminado el show, los músicos, con un balde de cerveza en brazos, caminan entre el público, que los recompensa con unos billetes y unas palabras de aliento. Mi recomendación es viajar con cambio en los bolsillos. La hospitalidad sureña es genuina, pero hay que abonarla.

Las probables futuras estrellas del country interpretan canciones de Chris Stapleton, George Strait, Waylon Jennings, Lucinda Williams, Willie Nelson y Taylor Swift, entre muchos otros. Antes, estos artistas desarrollaron su carrera grabando o tocando en esta ciudad. Nashville es la vidriera obligada para ingresar al mercado de la música country, que se remonta a las baladas traídas, en su mayor parte, por los colonos provenientes de Escocia, Irlanda e Inglaterra.

En la Tercera Avenida y la calle Broadway se encuentra el museo dedicado a Johnny Cash (1932-2003). Al conocer y apreciar la colección abierta al público, uno recorre la vida del artista. Nacido en Kingsland,

Arkansas, a los veintidós años Cash se mudó a Memphis, Tennessee. En 1955 grabó su primer sencillo compuesto por las canciones "Hey Porter" y "Cry, Cry, Cry". No fue un niño prodigio de la música al estilo Dolly Parton—quien comenzó a componer canciones a los diez años—pero con esfuerzo y determinación logró destacarse y salir de gira con Elvis Presley y Carl Perkins.

En julio de 1956, Cash tocó por primera vez en el programa de radio Grand Ole Opry. La estación WSN 650 emite el programa desde el 28 de noviembre de 1925, los días martes, viernes y sábados de 19 a 21.30 horas. Si la intención del lector es concurrir al show en vivo, deberá comprar su entrada con varios meses de anticipación. Asimismo, el día de la función tendrá que dirigirse al teatro The Grand Ole Opry House, ubicado a quince kilómetros de la ciudad. El programa radial del sábado por la noche, principalmente, sirvió de inspiración a muchos artistas que conocieron el mundo exterior a través de la radio.

Elvis Presley, quien el pasado 8 de enero hubiera cumplido 90 años, fue uno de esos artistas.

Viajé a Memphis con el propósito de conocer su vasta carrera. Situada a trescientos kilómetros de Nashville, la ciudad tiene dos sitios icónicos relacionados al artista. El primero es su hogar, llamado Graceland (Tierra de Grace). La casa, comprada por el artista en 1957 y actualmente convertida en un parque temático, es visitada anualmente por seiscientos mil turistas. Es la segunda casa más concurrida de los Estados Unidos, después de la Casa Blanca (a la que visitan un millón de personas cada año).

El segundo sitio es el estudio de grabación Sun Studio. Elvis vivía a ocho cuadras del lugar y allí grabó veinte canciones antes de convertirse en artista de RCA. El 5 de julio de 1954 concurre al Sun para ensayar un par de temas junto a Scotty Moore en guitarra y Bill Black en bajo. Las cosas no estaban saliendo según lo planeado y Sam Phillips, quien dirigía la grabación, desde la cabina les indicó a los tres músicos que se tomaran un descanso, según comentó el guía que conduce el tour por el estudio. Durante el corte, Presley comenzó a cantar una canción de Arthur Crudup, "That's All Right", que no tenían previsto ensayar ese día. Los quince asistentes que participamos del tour fuimos colocados alrededor de un micrófono que había en la sala. En los parlantes sonó entonces la canción que inició la revolución del rock and roll. El rey la había cantado en esa habitación. El resto es historia.

Luego de ver de cerca la "Elvismania" crucé el estado de Mississippi de norte sur. Tomé la Ruta 61, conocida como "Camino del Blues", con paradas en Clarksdale y en Indianola, pueblos de quince mil habitantes cada uno. Fue mi estadía en la "Cuna de la música estadounidense", tal como indica el cartel dispuesto sobre la ruta. Además de dar nombre al estado, el Mississippi es el río navegable más extenso del país, cuyas aguas, a lo largo de 3700 kilómetros, tocan diez estados.

En Clarksdale visité la exhibición dedicada al Delta Blues, ubicada en las instalaciones de una vieja estación de ferrocarril. En uno de los tres salones que componen el edificio se encuentra la cabaña que perteneció a Muddy Waters (1913-1983). Son apenas unas maderas las que sostienen su precario techo. La influencia de Waters en la música contemporánea fue trascendental. Este guitarrista se encargó de tomar el blues rural, nacido en la zona del delta, llevarlo a Chicago y convertirlo en sonido urbano. Según sus pala-

bras, "el blues tuvo un hijo y se llamó rock and roll". Entre sus logros destaca que su disco *Folk Singer* (1964) fue el precursor de los *unplugged* y que Mick Jagger y Keith Richards se hicieron llamar los Rolling Stones gracias a él.

En Indianola conocí el museo dedicado a B.B. King (1925-2015). Según se puede aprender en las vitrinas del edificio, que recorrí por espacio de dos horas, su niñez estuvo plagada de penurias y necesidades en el campo. Desde joven trabajó como recolector de algodón y en 1942, con su propio dinero, adquirió su primera guitarra. A los 26 años grabó el hit "3 O'Clock Blues". King estuvo de gira la mayor parte de su vida. Llegó a hacer 320 conciertos al año. Este artista ganó quince premios Grammy a lo largo de su carrera y por sobre todas las cosas sirvió de puente entre el blues y el público blanco.

En Nueva Orleans

Por último, visité Nueva Orleans. La ciudad fue construida sobre el río Mississippi, que desemboca en el Golfo de México unos kilómetros más adelante. Debido a eso, la ciudad tiene una rica historia portuaria que incluye al primer distrito rojo del país, conocido como Storyville (1897-1917). Nueva Orleans fue gobernada por franceses y españoles hasta 1803. Su característico Barrio Francés, con edificios de tipo colonial, está repleto de bares y establecimientos acondicionados para escuchar jazz hasta bien entrada la noche. Fue allí donde el trompetista Louis Armstrong (1901-1971) desarrolló un estilo que lo destacaría del resto. La llamada era del jazz se extendió entre 1920 y 1929 y Armstrong fue su abanderado. Puso un enorme empeño en difundir el jazz alrededor del mundo. Su casa en Nueva York, convertida en museo, es el único sitio que queda en pie para recordar a quien, para muchos, fue el primer artista de fama mundial nacido en los Estados Unidos. Terminado el recorrido musical, me subí al auto por última vez para atravesar Luisiana y Alabama durante siete horas y retornar a Atlanta. Desde allí regresé a Buenos Aires en un vuelo sin escalas.

En 2020, la guitarra modelo 1959 Martin D-18E utilizada por Kurt Cobain en el disco *Unplugged* fue exhibida durante unos pocos días en la vitrina del Hard Rock Cafe de Londres, frente a la plaza Piccadilly Circus. Ese mismo año, una reconocida casa de remates británica subastó la guitarra acondicionada para zurdos que Cobain había adquirido en Los Angeles, California, en 1990. El comprador pagó seis millones de dólares por quedarse con el preciado objeto. Hasta la fecha es la guitarra más cara de la historia.

Cuando veo a mis hijos adolescentes vestirse con una remera de Nirvana o los escucho poniendo a Taylor Swift, me pregunto si sabrán lo que estos artistas representan. Seguramente no, pero no es su obligación hacerlo.

En definitiva, cada generación toma algo de la anterior, lo recicla y crea algo nuevo. Los estadounidenses vienen haciendo este ejercicio musical hace más de un siglo y medio. *Destino Sur* propone recorrer de manera sencilla y lineal los lugares donde distintos sucesos musicales se desarrollaron. También, analizar la vida de un puñado de artistas que dieron el puntapié inicial de una música popular que sigue rodando. La intención de este cronista fue compartir una serie de datos y curiosidades que explican el origen de estas expresiones tan norteamericanas y, sobre todas las cosas, ofrecer al lector la posibilidad de disfrutar de un viaje placentero con la radio encendida. ●

OPINIÓN —

Despedida Marta López Gil, el mal y una amistad posible

Un libro sobre el encuentro entre Blanchot y Levinas enciende el recuerdo de la filósofa, fallecida recientemente

Silvia Zimmermann del Castillo
PARA LA NACION

Fue Borges quien me inició en el hábito de la relectura. Confieso que la disfruto aún más intensamente que a la virgen lectura inaugural; sobre todo porque, contrariamente a lo que pueda pensarse, es en las lecturas donde acontecen las revelaciones más significativas, donde se experimenta con mayor vehemencia el fervor del asombro.

En estos días, he vuelto a asombrarme en la relectura de *La imposible amistad*, exquisito fruto del trabajo de investigación en torno a Maurice Blanchot y Emmanuel Levinas que realizaron la filósofa Marta López Gil y la arquitecta Liliana Bonvecchi.

El escritor francés y el filósofo lituano se conocieron allá por los años veinte. Blanchot, ateo que, "poseído por los demonios de la escritura", rechaza aparentemente la filosofía y Levinas, judío, casi un místico del pensamiento filosófico, entablan sin embargo "una amistad imposible" en virtud de la cual se embarcarían luego en la aventura intelectual luminosa que recogen las autoras argentinas en este libro que hoy releo con emoción, por dos razones: porque me lo obsequió Marta López Gil el día de su presentación y porque el pasado mes de noviembre Marta partió de este mundo, suavemente, casi como una brisa. Pero perdura en sus veinte libros y en el recuerdo que ha dejado en quienes tuvimos el honor y la fortuna de ser sus alumnos y amigos.

Conoció a Marta López Gil en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, casa de altos estudios de la que me enorgullezco de ser egresada. Cursaba yo la materia de Metafísica en la cátedra del también inolvidable Adolfo Carpio. Marta era su profesora adjunta. ¡Tan disímiles los dos! Se diría, una amistad imposible. Sin embargo, una cátedra ejemplar.

Las clases de filosofía de Marta López Gil tenían la virtud de acercar los filósofos más crípticos a la comprensión enamorada de los estudiantes. Así ocurrió con Heidegger, por ejemplo, y su definición del arte como espacio en el que se des-oculta el ser, en el que el ser acontece. Razón por la cual, el arte es verdad. También ocurrió con Hans-Georg Gadamer, para quien el lenguaje y la tradición histórica articulan la experiencia humana de comprensión en un horizonte compartido de sentido. "Somos en el lenguaje", que expresa ese horizonte y posibilita el diálogo, cuyo fin es el consenso. O debería serlo.

Las clases de Marta eran clases de deleite. Recuerdo su método: invitaba a un alumno a leer en

voz alta un pasaje seleccionado del texto en estudio. "¡Hasta ahí!", decía de pronto en tono imperativo. Y entonces, nos sumíamos en ese párrafo tan breve como plétórico; lo diseccionábamos palabra por palabra. Nada estaba escrito porque sí. El asombro. La develación.

Marta ejercía la docencia como acto de amor. Era evidente su felicidad al escuchar a los estudiantes manifestar sus pensamientos o sus dudas. Nos fortalecía en la posibilidad de expresarnos y de equivocarnos sin temor a la represión, a la burla o la vergüenza. Disentíamos muchas veces, aun con la profesora. Pero la norma era la escucha y el respeto. Comenzando por Marta, que respondía a un error encauzando el argumento equivocado, pero sin decir que estaba equivocado; invitando en cambio a la pregunta, a la reflexión. Recuerdo que siempre decía que la duda promueve más sabiduría que la convicción férrea. Ya lo había dicho Borges: la duda es un signo de inteligencia.

La docencia como escuela de libertad. Lo que no implica ni el todo vale del libertinaje de la opinión caprichosa, ni la validación de la falsedad, ni la confrontación ofensiva de ideas. Sino la libertad como cultivo del arte de pensar, de poner las ideas en palabras justas, de intercambiar pensamientos, para ir más lejos, para

volar más alto, como individuos y como sociedad.

Todo hacía a su interés: la ciencia, el arte y las novelas de detectives, que leía con fruición. Y el corte y confección, a lo que había dedicado sus horas y su mesa de comedor como medio de vida en los años de la dictadura, cuando fue obligada a dejar las aulas. ¿Por qué? Por ejercer la docencia filosófica como un camino de libertad hacia una más profunda comprensión del ser humano: el objetivo de su vocación pedagógica y académica.

Retomo mi relectura de *La imposible amistad*: "(...) escribir bajo la presión de la guerra no es escribir sobre la guerra, sino en su horizonte", dice Blanchot en *La comunidad inconfesable*.

"La guerra no se sitúa solamente como la más grande entre las pruebas que vive la moral. La convierte en irrisoria (...) La guerra suspende la moral", reflexiona Levinas en *Totalidad e infinito*.

"Inmediatamente, Levinas comienza su ataque a la filosofía del ser y deja sentada su esperanza en 'un ser de otro modo'", apuntan las autoras de *La impensable amistad* en su libro.

"¡Hasta ahí!", diría la profesora. Y entonces, la pregunta: ¿es posible? ¿Puede el ser humano ser de otro modo? Naturalmente, convergemos en la cuestión del Mal. "Ser de otro modo" implicaría poder ser seres humanos libres del Mal: (...) el odio y la furia que no vienen de otra parte más que de la humanidad misma".

Blanchot explora el Mal enfocándose en la literatura, en cómo el lenguaje revela aspectos oscuros de la existencia humana. Para Levinas, el Mal se manifiesta en la negación del rostro del Otro que no queremos ver; en la incapacidad de reconocer al Otro como un ser humano.

Ambos coinciden en la necesidad de reflexionar sobre el Otro, la ética y la posibilidad de erradicar el Mal. Blanchot lo hará a través de la escritura literaria para adentrarse en lo que él denomina "la noche", una noche lúcida en la que la escritura abandona el sentido común para abrirse a lo inefable. Levinas, por su parte, se obsesiona con el Otro, la implacable diferencia, el diferente de mí, para abrir la posibilidad de la amistad y de la comunidad.

Cierro el libro y vuelvo la mirada al mundo. ¿Podremos llegar a ser de otro modo? Con este interrogante y con honda gratitud despido a mi maestra y amiga. Hasta una próxima relectura. Hasta cada recuerdo. Hasta el asombro de la amistad posible. ●

Escritora, copresidente del Club de Roma

Marta López Gil acercaba a los filósofos más crípticos a la comprensión de sus alumnos

Ejercía la docencia como un camino a la comprensión más honda del ser humano

Blanchot y Levinas reflexionan sobre la posibilidad de erradicar el mal



LECTURAS —

Eremitas

Las vidas de aquellos que desertan del mundo

La reedición de *Los hombres ebrios de Dios* rescata la figura de aquellos místicos que renunciaban a la sociedad para retirarse al desierto; hoy existen otras formas de exilio voluntario

Nicolás Mavrakis
PARA LA NACION



Los hombres ebrios de Dios
Por Jacques Lacarrière
Trece Llanos
Trad.: Margarita Martínez
366 págs. / \$ 34.900



El filtro burbuja
Por Eli Pariser
Taurus
Trad.: Mercedes Vaquero
289 págs. / \$ 39.999

El término griego "anacoresis" designa una partida, una huida del mundo cotidiano. En su origen, era una palabra relacionada con quienes rechazaban la vida social. Fue solo a partir del siglo IV después de Cristo cuando la "anacoresis" adquirió el significado religioso actual, asociado a quienes se alejan del mundo para convertirse en eremitas o santos. "Pero bien sabemos que no basta con huir a la soledad del desierto para romper con los valores del propio tiempo", advierte el escritor y viajero francés Jacques Lacarrière (Limoges, 1925 - París, 2005) en el ensayo *Los hombres ebrios de Dios*.

Elogiada por el filósofo alemán Peter Sloterdijk, esta investigación de Lacarrière, publicada por primera vez en 1975 y editada ahora con una nueva traducción y un prólogo de Christian Ferrer, se enfoca en los primeros hombres (y mujeres) que se retiraron de la sociedad en la que vivían para adentrarse a solas en los territorios más ásperos de lo que hoy llamamos Bajo Egipto, Palestina, Siria o Libia. Bastaba oír la invitación de Dios para que renunciaran a todas las ventajas de una existencia social y se marcharan a desiertos de arena y sal como prueba de fe. Ahí solo había muerte y locura, pero también "experiencias soberanas" dispuestas a crear hombres nuevos, a veces tan cercanos a los ángeles como a los demonios, pero con una relación preferencial con las fuerzas celestiales. Así, Antonio Abad o Pacomio, por mencionar apenas a dos de los más importantes "atletas del exilio", entre ayunos, austeridades, noches sin sueño y la permanente laceración de sus cuerpos, provocaron miedo y fascinación, pero también ganaron seguidores, dando origen a los primeros conventos y órdenes religiosas.

En manos de Lacarrière, sin embargo, la reconstrucción de las vidas de aquellos a los que el cristianismo conoce como Padres del Desierto no es un trabajo convencional de historia. Por el contrario, la mirada personal de *Los hombres ebrios de Dios* al ras de las motivaciones, las anécdotas y los padecimientos voluntarios de quienes juzgaron al mundo del siglo IV demasiado decadente como para participar en su desarrollo no tarda en volverse luminosa frente a lo que, en el mundo contemporáneo, también se percibe como decadente y enciende otras fantasías de retiro. En este punto, ¿lo que promovió fugas del mundo en el ayer es tan distinto de lo que promueve fugas del mundo en el hoy?

Para Antonio, Pacomio o Macario, otro de los Padres del Desierto, la vida en las provincias orientales del Imperio Romano se vio asediada por novedades vertiginosas. Por un lado, el emperador Constantino oficializó la religión cristiana en todos sus dominios. En consecuencia, creer en Jesús ya no tuvo visos de desafío ni riesgo de martirios, sino que se acopló a las cómodas burocracias de una existencia institucional y mundana aliada al poder. ¿Qué pasó entonces con el deber sagrado de difundir las ventajas de un mundo celestial por encima del terrenal? Lo que pasó fue que una fracción intensa de cristianos empezó a propagar mediante profecías la idea de que el mundo terrenal se acercaba a su fin. En palabras de Basilio de Ancira, obispo de Ancira entre los años 336 y 360, "la tierra no puede ya contener la multitud de nacimientos".

Ahora bien, ¿es pura coincidencia si los espíritus apasionados por

la ecología y los demógrafos empapados de estadísticas nos bosquejan un porvenir igual de sombrío a veinticinco años del año 2000?", se preguntaba Lacarrière en 1975, de igual manera que, no es difícil imaginar, podría preguntarse en 2025. Lo indudable es que, tanto en el siglo IV como en el siglo XXI, hombres y mujeres han percibido la amenazante sensación de encontrarse sumergidos en una vida profana y moribunda, una existencia que preconiza los valores de la individualidad, devalúa cualquier trascendencia y solo ofrece conformismo y sumisión. Y, ante ese paisaje, algunos optaron por un giro radical. Para los primeros anacoretas, tal giro se media en la tolerancia extraordinaria al silencio, la soledad, el hambre y la errancia en el desierto, donde tampoco faltaban "los asaltos repetidos de los demonios". Lo ilusorio y lo real, sin embargo, eran una prueba de progreso en el camino hacia la salvación, minado a veces por la vanidad. "No se podía llegar muy lejos en los ayunos sin desembocar en el pecado de orgullo, desatado al llevar la ascesis más lejos que los demás", escribe Lacarrière.

Sobre estos anhelos conflictivos de fuga, también Sloterdijk subraya en *Extrañamiento del mundo* que, hacia el siglo XX, ya no hubo ningún afuera, ningún desierto, al cual huir. Fueron entonces las drogas las que se transformaron en una escapatoria rápida hacia el propio interior. Y en el siglo XXI, ¿no son acaso otro plan sistemático de éxodo las fugas masivas hacia la virtualidad digital? ¿Y no vuelve a ser el orgullo de pertenecer a la estirpe exclusiva de los mejores "anacoretas online" lo que disuelve la fantasía misma de una fuga?

Para el ensayista estadounidense Eli Pariser (Maine, 1980), es precisamente la ilusión de huir a un mundo alternativo donde todos creen lo mismo de manera uniforme lo que degrada cualquier alternativa viable a la pesadez de la realidad. Esta es la tesis de *El filtro burbuja*, donde Pariser analiza la manera en que, manipulados por algoritmos que nos encierran voluntariamente como usuarios entre otros con las mismas preferencias y opiniones, nos autoengañamos creyendo que "el mundo es una isla estrecha cuando en realidad es un continente enorme y diverso". A partir de ahí, es fácil confundir un mundo virtual alternativo diseñado a la medida de nuestros caprichos y vanidades con una "ciudad celestial" en la que somos soberanos de nuestro propio saber y podemos congregar a nuestros seguidores. Pero, a la hora de la verdad, esa existencia digital "eclipsa las nuevas ideas" y nos atrapa en una burbuja narcisista en la cual "el sol y todo lo demás gira a nuestro alrededor".

Entre las "profecías autocumplidas" que funcionan como una "falsa definición del mundo", como escribe Pariser, hace muchos siglos se tejieron saltos de fe como los que recorre Lacarrière. Ahora, en cambio, lo que se perfila es un mundo de identidades autocumplidas en el que la imagen distorsionada de nosotros mismos que refleja internet se convierte en quienes somos realmente. Entre desiertos y pantallas, la única constante a través del tiempo es que, ya sea hacia un rumbo u otro, es posible modificar al hombre "si uno se toma el trabajo de hacerlo vivir en condiciones artificiales", como escribe Lacarrière. ●

RESEÑAS —



La justiciera
Patricia Suárez
Águilina
270 páginas
\$ 19.900



Nisman. Anatomía de un crimen
Daniel Santoro
Emporio
292 páginas
\$ 23.400



La cultura en la Alemania nazi
Michael H. Kater
Siglo XXI
Trad.: Elena Marengo
448 páginas
\$ 31.999



Jóvenes héroes de la Unión Soviética
Alex Halberstadt
Impedimenta
Trad.: Jon Bilbao
344 páginas
\$ 27.900

Un policial que tensa la intriga hasta el final

Felipe Fernández
PARA LA NACION

La aparición de un cadáver en las vías del tren perturba la tranquilidad de Carmen de Patagones, el escenario elegido por Patricia Suárez para su novela policial *La justiciera*. Se trata de Celestino Villegas, un peón de campo asesinado de un disparo en la frente. Como este hombre golpeaba a su esposa, el caso queda bajo la jurisdicción de la Comisaría de la Mujer, a cargo de la comisaria Silvana Mangano, pero el comisario Juan Salvador Verner—el típico varón machista, que se dirige a sus colegas femeninas con términos sexistas (“querida”, “hermosa”, “mi linda”)—se niega a que lo dejen afuera de la investigación.

Un segundo asesinato—el de Nicolás Contessa, gerente de un banco—, idéntico al primero y ejecutado con la misma arma (una pistola del siglo XIX), ahonda el misterio. Suárez introduce varios elementos en la trama que se entrelazan con las partes indagatorias. De Mangano, la protagonista principal, se proporcionan muchos detalles sobre su vida privada. Su padre también era policía y murió a manos de “dos delincuentes reincidentes que se la tenían jurada porque él los había metido entre rejas”. Ella vive con su hija Anita, que pronto cumplirá quince años. Está divorciada de Pedro, un librero que vive en Buenos Aires y que se volvió a casar. Más adelante inicia una relación con Etán Azulay, un psicólogo de la fuerza.

Alejandra Simón, la amante de Contessa (un hombre casado), aporta más datos a la pesquisa. Entre los numerosos personajes que hay en la novela figuran Rut, la suegra de Silvana, que viene de Buenos Aires para ayudar a su nuera en la organización del cumpleaños de quince; las asistentes de la comisaria, que toman clases de zumba (“¡Perreo, perreo, perreo...! ¡Vamos, guerreras, perreen!”); Abel, un chico enamorado de Anita, y su abuela Augusta, que prepara viandas para los habitantes de Carmen de Patagones; Estela, la farmacéutica, otra víctima de la violencia de género; Dorita, personal civil de la Comisaría de la Mujer, una ex profesora de Lengua y Castellano que admira a Alfonsina Storni “con devoción, como otros adoran a la Difunta Correa”; el padre Vincenzo, “un conservador tan absoluto, que ya hasta parecía ingenuo”.

A lo largo de la narración Suárez diseña una ambientación neocostumbrista en la cual predomina la ironía, abundan las situaciones cómicas y afloran los valores feministas enfrentados a los residuos del patriarcado. Aunque el tema de la fiesta de quince aparenta dejar en segundo plano la resolución de los dos homicidios, será en esa celebración que se producirá el adecuado desenlace de *La justiciera*, un policial que entretiene y mantiene la intriga hasta el final. ●

Las claves de una guerra secreta y oscura

Daniel Gallo
LA NACION

Sesenta personas caminaron alrededor del cuerpo de Aberto Nisman la noche del domingo 18 de enero de 2015. Todos estaban en ese departamento en Puerto Madero para confirmar lo obvio: había muerto el fiscal a cargo de investigar el atentado a la AMIA y denunciante de un pacto entre el Gobierno e Irán en procura de impunidad. Uno de los hombres políticamente más relevantes de ese momento yacía en el suelo del baño, con un disparo en la cabeza. Una muchedumbre rodeaba el cadáver. Pero en vida, a Nisman lo dejaron solo. Una historia de traiciones que se encadenó hasta el tiro que nadie escuchó. Detrás de esa escena hay una trama de espías, de operadores todoterreno, de oportunistas, de ineficientes y de cobardes, todos dentro de un tablero de poder internacional cuyas reglas ni siquiera conocen. Con el afán de dejar al descubierto lo que vive en las sombras, el periodista Daniel Santoro aporta con su libro *Nisman. Anatomía de un crimen* (Emporio Ediciones) el necesario hilo para no perderse en el laberinto de múltiples actores y situaciones que la pesquisa judicial y el autor definen como un asesinato.

El libro narra una guerra secreta que posiblemente se libra desde antes que el fiscal Nisman asumiese la conducción de la causa AMIA, en 2006. Ya desde la bajada del título se posiciona a dos de los antagonistas, la por entonces presidenta Cristina Kirchner y Jaime Stiuso, al que ministros mencionaban en conversaciones reservadas en sus despachos solo después de subir el volumen de fondo de alguna ópera.

Investigador periodístico con cuatro décadas de experiencia, Santoro mantiene el foco de tensión en ese enfrentamiento mientras consigna muertes en situaciones poco claras, seguimientos informáticos, amenazas que no tienen punto de partida ni final en ese 18 de enero, carpetas de inteligencia que se amontonan, fallos que pueden parecer decisivos un día y cambiar algunos años después, sin perder de vista los peritajes, porque después de todo, el libro se centra en una muerte. En un crimen sin resolver.

Aparece por supuesto la compleja figura de Diego Lagomarsino, el hombre del arma, el perito informático que colaboraba con Nisman desde 2006. Un acierto del texto es la publicación de una breve entrevista con ese personaje cuyo trabajo era dar seguridad digital a la labor del fiscal. También da en el blanco al plantear una duda básica: ¿cómo es posible que Nisman, que sospechaba con razón de estar bajo vigilancia, tuviese como clave de la red inalámbrica de su departamento la débil contraseña 1212121212?

El libro trata de traiciones. De guardaespaldas que no tiran abajo puertas. De un pasado cercano plagado de trampas. De un futuro inmediato que también tiene interrogantes. ●

De la censura de las vanguardias a la estética nazi

Marcelo Sabatino
PARA LA NACION

A pesar de lo que predicaban con buena intención historiadores como Norberto Bobbio, movimientos como el fascismo tuvieron una cultura, con sus construcciones brutalistas y sus pintores al servicio del Duce. Algo parecido puede decirse del nazismo, aunque a la Alemania nacionalsocialista se la recuerde por su brutal propaganda y por la persecución sistemática de toda modernidad artística, a la que motejó sin distinciones como “arte degenerado”.

En *La cultura en la Alemania nazi*, el prestigioso Michael H. Kater (Zitau, 1937) presenta un estudio sobre cómo, al ritmo de la llegada al poder de Hitler, con su coartada de legalidad electoral, casi de inmediato se comenzó a modelar esa ideología desde el poder, con su estética totalitaria. Y, al mismo tiempo, cómo las diversas e inquietas expresiones que venían bullendo desde entreguerras fueron estigmatizadas y prohibidas: desde el activo teatro expresionista (y por propiedad transitiva los espectáculos de cabaret) hasta las piezas dodecafonicas de Schoenberg o los cuadros vanguardistas de Kandinsky. A eso se suma la censura y el exilio de escritores (como fue el caso de Thomas Mann, la gloria nacional).

El autor muestra cómo el nazismo se dedicó a silenciar medios, radios y editoriales, mientras daba paso a films que exaltaban los *länder* natales o a supuestos soldados benevolentes, el monumentalismo del arte o el kitsch novelístico. El libro—el más completo hasta hoy sobre el tema—cierra con una interpretación sobre si 1945, tras la guerra, de verdad significó una “hora cero”, como acriticamente se sostiene. ●

Un ajuste de cuentas con el pasado soviético

Eduardo Lamarche
PARA LA NACION

Hace una década, el escritor nacido en Leningrado Gary Steynheart (1972) había contado en el desopilante *Pequeño fracaso* la travesía que lo llevó a él y su familia de la URSS a Estados Unidos, donde se consagró con libros tan exitosos como *Absurdistán*.

Alex Halberstadt (Moscú, 1970), compañero de generación, tiene una historia similar. En *Jóvenes héroes de la Unión Soviética. Memorias y cuentas pendientes* también hace un repaso de la historia familiar en ese país extinto—y que le resulta ajeno—, pero sale a enfrentarse con la historia haciendo un viaje de regreso para tomarle el pulso a sus pesadillas recurrentes.

Steynheart era desolado, costumbrista y humorístico. Halberstadt es desolado, no le falta humor, pero el terror—vía la historia familiar—adquiere otra carnadura. Los traumas heredados son la madeja narrativa a partir de la que se desarrolla la trama. El libro deriva a las memorias de infancia en un departamento moscovita en los años 70 (el padre, admirador de Occidente, sin embargo, no se irá a Nueva York con el chico de nueve años y su madre), las migraciones de su familia judía en el pasado e incluso el formidable descubrimiento de que su abuelo trabajó para Laventri Beria en la policía secreta y llegó a ser guardia personal de Stalin (un abuelo que, al ser interrogado por Halberstadt *in situ*, le tiembla todavía la voz al recordar al dictador).

Jóvenes héroes de la Unión Soviética es una memoria personal que se dedica a realizar, con espíritu novelístico, los ajustes de cuentas que corresponden con el pasado. ●

Best Seller

FICCIÓN

- 1° La vegetariana**, de Han Kang. Random House, \$ 19.999 (14 semanas en lista)
- 2° En agosto nos vemos**, de Gabriel García Márquez. Sudamericana, \$ 22.999 (39)
- 3° La Casa Neville 3. Yo soy el viento**, de Florencia Bonelli. Planeta, \$ 29.900 (10)
- 4° Blackwater I: La riada**, de Michael McDowell. Blackie Books, \$ 14.999 (17)
- 5° Antes de que se enfríe el café**, de Toshikazu Kawaguchi. Plaza&Janés, \$ 27.699 (26)

NO FICCIÓN

- 1° Este dolor no es mío**, de Mark Wolynn. Gaia, \$ 29.900 (57)
- 2° La felicidad**, de Gabriel Rojón. Planeta, \$ 35.000 (62)
- 3° Nexus**, de Yuval Noah Harari. Debate, \$ 42.999 (20)
- 4° Hábitos atómicos**, de James Clear. Booket, \$ 22.900 (42)
- 5° Te serviré**, de Paula Bistagnino. Planeta, \$ 29.100 (2)

Librerías consultadas: Cúspide, Santa Fe, El Ateneo y Yenny (Capital, Gran Buenos Aires e interior).

— PERSPECTIVAS —

Los ochenta años de Yalta y del peronismo

Pablo Mendelovich
PARA LA NACION

Hay años especiales. Años sobrecargados. No parecen existir demasiadas dudas en ese sentido sobre las cualidades únicas de 1945. Fue el año en el que nació el peronismo, cayeron Mussolini y Hitler, finalizó la Segunda Guerra Mundial, se gestaron las Naciones Unidas, comenzó el proceso de descolonización en Asia y África, Estados Unidos arrojó las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki y Gran Bretaña acabó relegada por la bipolaridad soviético-estadounidense que animaría las siguientes cuatro décadas y media, la Guerra Fría.

Aquellos acontecimientos, que marcaron a nuestro país y modelaron el mundo de la posguerra, están cumpliendo ahora ochenta años. Eso garantiza una seguidilla de efemérides nada triviales, propensas a interpelar, de alguna manera, el presente. Muchas de las cosas que hoy se discuten, en algunos casos detonadas por Donald Trump o por Javier Milei, vienen del 45. Desde el grado de eficacia del sistema que rige las relaciones internacionales hasta el riesgo de que se repita un Hitler en alguna parte del planeta.

El miércoles se cumplieron ochenta años de Yalta, la conferencia sobre el final de la Segunda Guerra en la que Josef Stalin, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt se repartieron el mundo. La conferencia duró poco más de una semana, del 4 al 11 de febrero de 1945. En el palacio Livadia, antigua residencia de invierno de los zares, Stalin, por entonces un líder popular hasta en Estados Unidos debido al desempeño del Ejército Rojo como principal vencedor de la Alemania nazi y no el criminal en masa que hoy se conoce, resultó un anfitrión esmerado que derrochaba cortesía. La primera noche convidó a Roosevelt con un trago al que no se le pudo agregar cáscara de limón porque no había limón. A la mañana siguiente apareció en el salón un limonero. Las cenas refinadas y elegantes contrastaban con la Europa destruida y hambrienta por la que se hacía la reunión.

En la Argentina, el coronel Perón, quien ese año cumpliría 50 años, era el hombre fuerte de la dictadura que gobernaba desde 1943. El presidente Edelmir Farrell le había cedido entre otras cosas el manejo de las relaciones con Estados Unidos y con Gran Bretaña. Los partidos políticos estaban proscritos (serían habilitados recién en agosto de 1945) y gran parte de la resistencia al régimen se canalizaba a través de los estudiantes universitarios, quie-

nes eran frecuentemente reprimidos y encarcelados por los militares. De esa época es el slogan sindical "alpargatas sí, libros no".

El talento de Perón, a quien en Londres y Washington se tenía entonces por nazi, sobresalía tanto en el Ejército y en el gobierno como en el campo político, donde, solitario y aislado internacio-

nalmente, construía el peronismo. El 27 de marzo, 34 días antes del suicidio de Hitler, la Argentina le declaró la guerra al Eje. El 9 de abril se reanudaron las relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Lo cierto es que Yalta y la creación del peronismo fueron coetáneos. Y hoy podría decirse, claro que sin pretensión de mezclar manzanas con tornillos, que

ambos, el legado de Yalta y el del octogenario peronismo, se encuentran bajo revisión como pocas veces.

Dotado de una plasticidad proverbial, el peronismo siempre reinventó, es cierto. Pero su actual sequía doctrinaria, que en las barriadas populares difícilmente pueda atemperarse con consignas franquiciadas por el colectivo LGBTQ+, no aparece relacionada esta vez solo con su último fracaso en el gobierno, sino con cambios estructurales de la base social que le dio sustento.

Fue Putin quien en 2014 repuso a Yalta en las primeras planas cuando decidió anexar toda la península de Crimea. Como hoy Putin, Stalin sabía muy bien lo que quería. Y también sabía lo que querían sus visitantes, porque la inteligencia soviética había hecho previamente un trabajo exhaustivo y también había puesto micrófonos en los palacios y jardines de Yalta.

Stalin no cumplió su promesa de elecciones libres en Polonia ni en Checoslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, al cabo convertidos en regímenes satélites de Moscú. Su idea de expandir el comunismo y la vulnerabilidad de Roosevelt en Yalta siguen siendo objeto de discusión académica. Fue en la cumbre siguiente, la de Potsdam, celebrada entre el 17 de julio y el 2 de agosto (con Harry Truman en lugar de Roosevelt) cuando se verificó que la mayoría de los acuerdos de Yalta no se habían cumplido. En cuanto a Churchill, inesperadamente, en julio perdió las elecciones.

Serguei Lavrov, el ministro de Relaciones Exteriores de Putin, dijo el martes en Moscú que Estados Unidos y las principales potencias europeas deben regresar al sistema internacional creado por la conferencia de Yalta. Según Lavrov, el principal resultado de Yalta fue la creación de las Naciones Unidas. "La ONU no nos llevó al paraíso pero nos salvó del infierno", dijo. Los libros de historia en general dicen en cambio que Stalin no estaba muy interesado en una institución para preservar la paz, que creía más en la eficacia de la fuerza militar y en los acuerdos entre las superpotencias (término nacido en 1944). Cuando empezó el debate sobre la ONU, Stalin planteó que cada república soviética debería tener un voto. También sostuvo que la Argentina no debía ser parte de la ONU. El peronismo más reciente, abiertamente proruso, quizás olvidó ese dato, motivado por la neutralidad argentina y también por lo que en 1945 representaba el incipiente Perón para las grandes potencias. ●



Churchill, Roosevelt, Stalin y Perón

ideas

Más información de cultura, pensamiento, libros y reflexiones sobre la actualidad en <http://www.lanacion.com.ar/> y en <http://www.lanacion.com.ar/edicion-impresa/suplementos/ideas>, con miradas cercanas y amenas para entender las claves de una sociedad en plena transformación. Análisis en profundidad, crónicas y los más agudos columnistas



Club
LA NACION

SUSCRIBITE

Hablanos por whatsapp: (11) 5799.3654
o si preferís llamarnos: (11) 5199.4794

OH LALA!

Living

LUGARES

iHOLA!

JARDIN

Rolling Stone